

sobre cuyo origen no puede dudarse, por responder a normas y preceptos de aquellos poliórceas griegos, como el Anónimo o Philon de Bizancio, que la fortificación bizantina recogió, según puede verse en Procopio, para transmitir las después al mundo árabe, que, al llegar a España, traía bien grabadas en sus ojos y en sus mentes las grandes y desarrolladas imágenes de los recintos bizantinos de Amida, Resafa, Ankara o Antioquia, con otra larga serie de vastas construcciones erigidas a lo largo del «limes» de Siria y de la Mauretania.

El examen de los solos procedimientos constructivos, que hasta ahora ha sido el fundamento esencial de las investigaciones arqueológicas, ayudadas y fechadas en la mayoría de los casos por los hallazgos efectuados en las ruinas, con ser tan importante, no puede servir como argumento definitivo, porque el origen de tales modos constructivos puede remontarse—y continuarse—mucho más allá de los límites establecidos, más en países como España, hasta ahora muy poco explorados en sus verdaderos fondos. Pero hay otros elementos, tan importantes como aquéllos, necesarios de tener en cuenta, cuando además se hallan localizados en una región o país con caracteres y casi con monopolio exclusivo.

Ello sucede en España con esos miembros eficientes de su fortificación medieval que son las corachas, buhardas, barreras, alambores, redientes, trazados en cremallera y las torres llamadas albarranas, así como las pentagonales. M. Terrasse afirmaba que «las torres albarranas constituían una de las más bellas invenciones de la arquitectura militar española». Pero no expuso que el origen de esas torres, destacadas y aisladas de los lienzos, es, efectivamente, una admirable innovación con que los ingenieros musulmanes iban a interpretar y traducir a su manera una de las más sabias prescripciones de la fortificación bizantina, a su vez inspirada en los claros preceptos de Philon. Esto y el trazado pentagonal de las torres, de idéntica procedencia, apenas conocidas en Europa cuando en España las poseemos aún por docenas, hace remontar el origen de numerosas fortalezas a épocas y tiempos anteriores a los que sus solos materiales constructivos pueden demostrar.

Otro de los principios expuestos por el ilustre Profesor viene a confirmar también el carácter específicamente militar o, si se quiere, de servicio *nacional*, de los Castillos españoles. Pese a todos sus fraccionamientos, la invasión árabe en España representó permanentemente un firme sentido de su unidad política, que debía comprender a toda la Península. Esa será la constante de todas las irrupciones agarenas hasta la última de los almohades, que al pisar nuestro suelo lo hacían pensando en un conjunto único y totalitario que contrastaba con la disper-